



MARIA MONTESSORI

MILENA SANTERINI

Università Cattolica del Sacro Cuore, Milano (Italia)
milena.santerini@unicatt.it

BIOGRAFÍA Y CONTEXTO

Médico, educadora y pedagoga, Maria Montessori nació en Chiaravalle de Ancona (Italia) en 1870, en una época de profundos cambios sociales y políticos. El ambiente cultural de la Italia de finales de siglo XIX fue testigo de un intenso debate entre las tendencias positivistas de finales de siglo y la filosofía espiritualista. En Europa, predominaba la pedagogía experimental y el movimiento de la nueva pedagogía activista, al que se adhiere Maria Montessori, aportándole nuevos conceptos originales. Se graduó en Medicina en Roma e inició su carrera profesional con niños con deficiencia mental. Tomando como inspiración los trabajos de Jean Itard y Édouard Séguin, que habían estudiado la recuperación de niños con retraso mental a través de la educación sensorial sistemática, Montessori descubre que el tema de los niños deficientes mentales tiene más que ver con el ámbito pedagógico que con el médico, y por consiguiente, con las condiciones ambientales en las que los niños crecen. Las experiencias vividas en este campo influirán de forma determinante en su método educativo.

En 1907, abre la primera Casa de los Niños (*Casa dei bambini*) en un barrio desfavorecido de la capital. Estas guarderías, que acogían a niños de tres a seis años que residían en la zona, constituyen las bases de uno de los mayores movimientos pedagógicos contemporáneos. En lugar de la asistencia, Montessori promueve, en realidad, la educación basada en el método experimental y en la observación científica, dando los primeros pasos de lo que se convertirá en la escuela nueva de la infancia, con los niños como centro. Durante toda su vida defenderá y luchará por la libertad de la infancia, dando a conocer el método Montessori por todo el mundo. Menos conocida, pero de gran importancia, es su obra por la paz desarrollada durante las dos guerras mundiales, viajando por distintos países, de América a Asia, donde convierte la educación en el pilar fundamental sobre el que se debe reconstruir las laceraciones de la humanidad. Fallece en 1952, dejando como legado sus escuelas inspiradas en su método repartidas por todo el mundo. Su pensamiento se asocia, desde un punto de



Milena Santerini.

vista espiritual y también político, al desarrollo de la conciencia por los derechos y de la dignidad de los niños frente a los abusos de poder por parte de los adultos.

EL PENSAMIENTO EDUCATIVO DE M. MONTESSORI

Maria Montessori es una de las figuras más representativas de la pedagogía moderna, conocida en todo el mundo por sus ideas sobre la infancia, vigentes hoy en día, y por su *método*. En el centro de su pensamiento, se encuentran las ideas de naturaleza y libertad. La educación no es impartida por el maestro, sino que se trata de un proceso natural a través del cual el niño crece y se desarrolla experimentando de forma directa con el mundo que le rodea. Naturaleza y libertad se unen: educar es promover la autoeducación. El método para comprender al niño debe ser científico, basado fundamentalmente en la observación y en el respeto de sus propias leyes de desarrollo.



Los principios Montessori en acción.

En el método de Maria Montessori no predomina, sin embargo, un espíritu radicalmente positivista, sino que se trata más bien de un sentimiento “místico”. “El niño es el padre del hombre”, y este pensamiento es la clave para la regeneración de la humanidad. El enfoque científico y espiritual se unen en una visión de admiración y elogio a la infancia. Frente a la represión de la educación de los adultos y a la coerción que ejerce la escuela sobre los niños (a través de los tiempos, estructuras y comportamientos que los humillan y machacan) surge una idea de desarrollo espontáneo que incorpora las leyes de la evolución. El niño, durante esta fase del período formativo, es un embrión espiritual. La educación devuelve al niño su verdadera naturaleza respetando las etapas de su desarrollo vital. Por este motivo, los educadores no deben obstaculizar al “maestro interior” que trabaja con los niños pequeños, sino satisfacer las necesidades de sus “períodos sensitivos”.

Los adultos, según Montessori, ven a los niños como apáticos, inquietos y caprichosos. En realidad, el niño *verdadero* reaparece a través del llamado proceso de “normalización”: un niño que ama el orden y el trabajo y que expresa deseos legítimos, no siempre escuchados por sus padres o educadores. El entorno se convierte en una oportunidad para ayudar al niño a comprender el mundo que le rodea: en las aulas los niños adquieren el gusto por explorar y aprender “poniendo en orden” el mundo a través de juegos y materiales.

Este concepto es lo que se conoce como el “método Montessori”, que se basa en los siguientes fundamentos: maestra humilde, ambiente adaptado, material científico. La educadora debe mostrar una actitud paciente y humilde con el niño, respondiendo a su necesidad de “ayúdame a hacerlo yo solo”. Asimismo, la maestra debe respetar las “etapas de desarrollo” del niño y valorar el modo en el que el niño, de forma espontánea, presta atención y muestra interés ante distintos estímulos y aprendizajes.

Montessori quiere preparar a un maestro/a que tenga un espíritu científico, es decir, que sepa aceptar y estudiar con interés los fenómenos naturales. El desarrollo del niño no es más que una manifestación misteriosa y maravillosa de la naturaleza, que hay que observar como si se

estudiaran precisamente las manifestaciones naturales. No obstante, el objeto de observación del maestro-científico, no es sólo las plantas o los animales, sino el hombre en su despertar a la vida, y por consiguiente, el niño en la escuela mientras trabaja, aprende, juega... El maestro/a no debe inculcar en los niños conceptos a través de premios y castigos. Por el contrario, debe despertar el espíritu, la fuerza interior que por sí sola hace progresar a la humanidad. Esta energía constructiva despierta admiración y humildad por parte del maestro, quien no debe bajo ningún concepto forzarla o dañarla, sino desarrollarla.

El niño, para Montessori, tiene una “mente absorbente”, capaz de conquistar y explorar el mundo elaborando y asimilando los conocimientos fundamentales a través de una especie de “preconsciencia”. La importancia de este concepto de Montessori que se caracteriza por asociar los aspectos racionales con los emotivos y afectivos se ha demostrado en la actualidad gracias a los estudios de la neurociencia.

El ambiente adaptado a los niños constituye el segundo fundamento de su método, desarrollado también gracias a su experiencia en la Casa de los niños. Las escuelas del pasado, con aquellos bancos enormes, incómodos e imposibles de mover, se adaptan a los niños en crecimiento: el ambiente escolar (también readaptado de forma “científica”) ha creado sus propios obstáculos, y es sobre ellos sobre los que hay que actuar para liberarlos y hacerlos independientes. Las aulas de Montessori, por tanto, incorporan bancos, sillas e instrumentos a la medida de los niños, resistentes y con colores, con el fin de permitirles conocer la realidad. Se crea un ambiente a medida y ajustado a las capacidades del niño, ordenado y atractivo. Algunos elementos característicos del método Montessori son las actividades de la vida diaria y los distintos ambientes de la clase decorados para trabajos domésticos o para explorar el ambiente. Si bien en parte predeterminado, el ambiente de la escuela se concibe para adaptarlo a las necesidades que sienten los niños de empaparse de la realidad a través de rutinas tranquilizadoras y métodos concretos de aprendizaje.

El vehículo principal para impulsar el potencial del niño es la experiencia sensorial, que se estimula a través de materiales programados científicamente a este fin. Montessori concibe un niño trabajador, concentrado en su tarea, porque “el hombre se construye trabajando”. La mano es el instrumento de la inteligencia, y la educación pasa por la vida práctica y la motricidad. Las características específicas de los materiales patentados, copiados en las escuelas de todo el mundo y todavía hoy vigentes, fueron creados experimentalmente para atraer la atención de los niños (colores, tamaño, formas) y para favorecer la motricidad. En concreto, resultan especialmente útiles los materiales para el aprendizaje de la aritmética, de las letras del alfabeto y de este tipo de conceptos. Los materiales pueden ser objetos de diferentes formas, pesos y colores, todos ellos adaptados especialmente para el aprendizaje de las matemáticas, la geometría, botánica o biología. Están



concebidos como “materiales de desarrollo” para ayudar al niño a encontrar soluciones. Sobre todo, permiten el control de los errores, como por ejemplo, los juegos para encajar, que estimulan el razonamiento y la crítica. El ejercicio, si se enseña con meticulosidad, pasará a ser motivo de placer y estimulará la repetición de modo que el aprendizaje nunca se agota. En este sentido, una de las críticas que se le hacen al material de Montessori es que está demasiado preestablecido y que no permite a los niños dedicarse a solucionar los problemas “abiertos”.

Por último, la cantidad de materiales es limitada, con el fin de favorecer la concentración. Cada niño/a deberá elegir libremente el material con el que va a trabajar y devolverlo en orden, cuando haya acabado, al espacio establecido para tal fin. A todos los que entran en una clase de Montessori, incluso hoy en día, les llama la atención el silencio y el orden en el que los niños trabajan y juegan. Se trata de orden, calma y reflexión que en ningún caso vienen impuestos por el exterior, sino que constituyen la dimensión que los niños necesitan para apropiarse del mundo. El “juego del silencio”, por ejemplo, no es un mero truco educativo para imponer disciplina en la clase, sino que se trata de un verdadero instrumento de meditación y disposición del niño para escuchar al mundo.

La pedagogía infantil actual tiene una enorme deuda con Maria Montessori por su descubrimiento de la liberación del niño de la esclavitud a la que el adulto intenta someterlo. Nadie hoy en día puede criticar su idea de autoeducación, que no teoriza en absoluto sobre la irrelevancia del adulto, sino que por el contrario empuja a respetar el desarrollo del niño. Se podría decir, ciertamente, que la pedagogía de Montessori descuidaba la dimensión de la creatividad infantil en la forma, por ejemplo, en lo referente al dibujo libre o al teatro. Sin embargo, cabe destacar que, si bien en el método no se ha creado un espacio específico para la creatividad artística, es “todo el niño” el que es liberado y estimulado para crear un mundo nuevo. Por consiguiente, no se promueven actividades creativas como tales, sino que es el propio niño el que se hace creativo.

También resulta moderna la intuición del aprendizaje autónomo y del deseo innato de comprender el mundo, que desvela un niño ordenado, concentrado, reflexivo, capaz de vivir la satisfacción interior de trabajar en algo que verdaderamente le interesa. En la actualidad, frente a la difusión de los instrumentos tecnológicos y digitales, el método de Montessori sigue estando vigente, ya que ayuda a los educadores a potenciar el interés y el espíritu investigador de los niños evitando, al mismo tiempo, la tentación de la pasividad frente al bombardeo de imágenes y estímulos sensoriales a los que son sometidos.

Por último, sigue estando muy vigente la intuición espiritual de Montessori que considera el camino hacia la paz como una finalidad misma de la especie, gracias a la supervivencia y a la cooperación. No se trata de optimismo gratuito, sino de una visión indispensable para el futuro, que nos lleva a reflexionar sobre la escuela como instrumento de cooperación donde se deberían rechazar los principios

de competitividad, competencia y eficiencia a menudo presentes en las escuelas. Su idea de educación *cósmica* anticipa la necesidad de gobernar el mundo global facilitando a las nuevas generaciones el sentido de conexión y de interdependencia. La visión abierta, democrática y antiautoritaria de la educación sigue preparando, incluso hoy en día, al niño de Montessori para la convivencia social e intercultural en el seno de una sociedad plural.

En la actualidad, el método Montessori se aplica en 20.000 escuelas de todo el mundo repartidas por todos los continentes (Maria Montessori ha vivido y trabajado en diversos países europeos y también en la India). Además de las Casas de los Niños se han desarrollado guarderías y escuelas de primaria y secundaria. Estos centros utilizan el llamado “material estructurado”, mediante el cual los niños ejercitan la inteligencia, trabajan, piensan, adoptan y valoran las posibles soluciones, clasifican, resuelven problemas, modifican sus representaciones mentales y se ayudan entre ellos a través de la “enseñanza mutua” convirtiéndose en “maestros de los demás”. Las escuelas están especialmente adaptadas para responder a la demanda de muchos niños de seguir un enfoque diferenciado, mediante el cual se da respuesta a sus necesidades y se respetan sus tiempos de aprendizaje. Por consiguiente, el alumno no está obligado a seguir la lógica del desarrollo del programa, sino que está motivado para desarrollar intereses y motivaciones respecto al aprendizaje con sus propios tiempos.

En lo que respecta a los principios pedagógicos del método tradicional, la utilización de nuevas tecnologías constituye un importante recurso para la escuela Montessori. Los ordenadores multimedia, utilizados para diversas actividades (textos, software didáctico, elaboración de hipertextos) en consonancia con la didáctica general, se encuentran en el entorno escolar y se utilizan del mismo modo que el resto de materiales que caracterizan a la escuela Montessori.

La escuela primaria Montessori es una continuación de la escuela de infancia, y mientras se imparten los programas curriculares obligatorios nacionales, sí que ofrece el mismo ambiente y filosofía educativa del método tradicional, a través de la experimentación y del trabajo individual y en grupo. ■

Para saber más

- MONTESSORI, M. (1937). *El método de la Pedagogía Científica*. Barcelona: Casa Editorial Araluce.
- MONTESSORI, M. (1986). *Formación del hombre*. México: Diana.
- MORALES RUIZ, J. J., y GARCÍA DUEÑAS, L. J. (2009). *María Montessori*. Madrid: Fundación Emmanuel Mounier.
- www.operanzionalemontessori.it



Textos de Maria Montessori

Disciplina y libertad [MONTESSORI, M. (1937). *El método de la Pedagogía Científica*. Barcelona: Casa Editorial Araluce, págs. 51-52].

En nuestro sistema tenemos ciertamente un concepto de la *disciplina*. Si la disciplina se funda sobre la libertad, decimos que la disciplina debe necesariamente ser *activa*. No se puede decir que un individuo es disciplinado si se le ha convertido artificialmente en un ser silencioso como un mudo o inmóvil como un paralítico. Este es un individuo anquilado, no disciplinado.

Nosotros llamamos disciplinado a un individuo que es dueño de sí y que puede, por lo tanto, disponer de sí mismo, cuando sea preciso seguir una línea de conducta.

Este concepto de la disciplina activa no es fácil de comprender ni de obtener pero encierra ciertamente un elevado principio *educativo*, bien distinto de la coerción ejercida hasta el presente, absoluta e indiscutible, para mantener la inmovilidad.

La maestra necesita una técnica especial para conducir al niño a una disciplina de esta naturaleza, disciplina que le acompañará toda la vida, con la cual avanzará indefinidamente hacia la perfección. Como el niño que aprende a moverse y a estar quieto se prepara no para la escuela sino para la vida, convirtiéndose en un individuo *correcto por costumbre* en todas sus manifestaciones sociales, así el niño se acostumbra a una disciplina que no se limita a manifestarse en el ambiente de la escuela, sino en la misma sociedad.

La libertad del niño debe tener como límite el interés colectivo; como *forma* de lo que llamamos la educación de las buenas maneras y de los actos. Debemos, pues, impedir al niño todo aquello que pueda ofender o perjudicar a los otros y todo lo que significa un acto indecoroso o grosero. Pero todo lo demás, toda manifestación que tenga un fin útil, cualquiera que éste sea, debe ser no sólo tolerada, sino observada por la maestra. He aquí un punto de capital importancia.

La preparación científica del maestro debe capacitarle para estas observaciones y despertar el interés del observador de los fenómenos naturales. En nuestro sistema el maestro debe ser más *pasivo* que *activo*, y su paciencia debe estar compuesta de ansiosa curiosidad científica y de absoluto *respeto* por el fenómeno que quiera observar. Es preciso que el maestro entienda y sienta su profesión de *observador*.

La mente absorbente [MONTESSORI, M. (1986). *Formación del hombre*. México: Diana, 94-99].

Es verdad que no todos estos complicados procesos siguen el funcionamiento que se halla establecido en el adulto, porque el niño no ha aprendido una lengua extranjera como nosotros, con el esfuerzo de nuestras facultades mentales, sino que él ha conseguido una construcción estable, exacta, maravillosa, como las construcciones embrionarias de un órgano en el organismo. Es decir, que existe en el niño pequeño un estado mental inconsciente que es creador, y que llamamos “mente absorbente”. Y la mente absorbente construye no mediante esfuerzos voluntarios, sino bajo la guía de las “sensibilidades internas” que llamamos “periodos sensitivos”, porque la sensibilidad dura sólo temporalmente, dura hasta que no se haya cumplido la adquisición que debe hacer la naturaleza. Así por ejemplo, si en un niño la nebulosa del lenguaje encuentra obstáculos para su desarrollo y las sensibilidades auditivas constructoras no funcionan, se convertirá en un sordomudo con todos los órganos del oído y de la palabra perfectamente normales.

Está claro que en la “creación” psíquica del hombre debe haber un hecho secreto. Si nosotros aprendemos todo a través de la atención, del esfuerzo de la voluntad, de la inteligencia, ¿cómo el niño puede emprender sus grandes construcciones cuando todavía no está dotado de inteligencia, de voluntad ni de atención? Es evidente que en él actúa una mente con poderes enteramente diversos de los nuestros y por eso puede existir en el inconsciente un funcionamiento psíquico diverso de la mente consciente.

El lenguaje es el ejemplo que puede presentarse más claramente para dar una idea de esta diferencia de mentalidad, porque se presta a un estudio de observación directo y detallado.

En la mente inconsciente no se hallan las diversas dificultades que nosotros experimentamos al aprender, por ejemplo, un idioma muy sencillo o uno extremadamente complicado. Evidentemente, como no hay dificultades, no hay tampoco desarrollos graduales relativos a estas dificultades. El *todo* es aprehendido en el mismo período de tiempo. Ahora bien, esta adquisición no se puede comparar con el esfuerzo de *memoria* que tenemos que hacer nosotros, ni con la fragilidad de nuestra memoria que deja escapar fácilmente sus adquisiciones transitorias; porque el lenguaje durante la época in-

consciente se imprime indeleblemente y se convierte en un carácter que el hombre encuentra ya establecido en sí mismo. Ningún lenguaje que se quiera añadir al lenguaje materno logrará ser un carácter, y ninguno será poseído con tanta seguridad como él (...).

La lengua materna no está en dependencia de la memoria consciente, sino que está depositada en una memoria diversa, semejante a la que los psicólogos modernos, biólogos o psicoanalistas llaman “mneme” o “la memoria de la vida”, que es la que conserva las formas transmitidas por la herencia, a través de infinidad de tiempos y que es considerada como un “poder vital” (...).

¡La mente absorbente! ¡Maravilloso don de la humanidad! Sin colaborar con su esfuerzo, solo “viviendo”, el individuo absorbe del ambiente un hecho complejo de cultura, como es el lenguaje.

¡Si esta forma esencial permaneciera en el adulto, cómo se habrían facilitado los estudios! Imaginémos que podemos ir a otro mundo, por ejemplo al planeta Júpiter, y que encontramos allí hombres que solamente paseando y viviendo absorben todas las ciencias sin estudiarlas, adquieren habilidades sin el esfuerzo del ejercicio. Diríamos: ¡Qué milagro tan venturoso! Y sin embargo esta forma fantástica de la mente existe; es la mente del niño pequeño. Es un fenómeno que permanece oculto en los misterios del inconsciente creador.



Portada del libro *Il Metodo della Pedagogia Scientifica applicato all'educazione infantile nelle Case dei Bambini*, Città di Castello, Casa Editrice S. Lapi, 1909.